

MEXICO indígena

No. 21, AÑO IV

REVISTA DEL INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA

\$2,000.00



Ma. Luisa Acevedo, Lourdes Arizpe,
Marcela Lagarde, Margarita Nolasco,
Carlos Zolla

DIRECTORIO

Secretario de Educación Pública:
Miguel González Avelar

Director General del INI:
Miguel Limón Rojas

Subdirector de Publicaciones:
Hero Rodríguez Toro

Directora de *México Indígena*:
Lourdes Herrasti Maciá

Coordinador editorial:
Andrés Ortiz Garay

Ilustración:
Saúl Millán Valenzuela

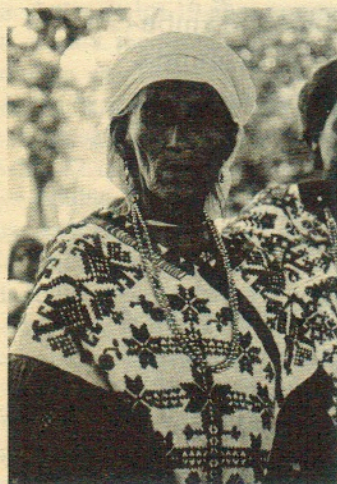
Redacción y promoción: Graciela Anaya,
Ma. Celia Arzate, Heber Morales y Mi-
guel Eloín Santos.

Distribución: Iraís Rodríguez

Asistentes: Berenice Sandoval y
Armando Cario

Diseño gráfico: Adriana Marván

Impresión: Libros de México, S.A. Av.
Coyoacán 1035, México 12, D.F.



Portada: Mujer huasteca durante la fiesta de San Miguel Arcángel (29 de septiembre) en Ciudad Santos, San Luis Potosí. Foto: Lorenzo Armendáriz.

MEXICO indígena

Indice

ENSAYO Y ANALISIS

<i>Margarita Nolasco</i> ● La mujer indígena	3
<i>Entrevista a Lourdes Arizpe</i> ● Las indígenas hablan con voz firme	8
<i>Marcela Lagarde</i> ● La triple opresión de las mujeres indias	11
<i>Margarita Velázquez</i> ● Educación contra la triple subordinación	16
<i>María Luisa Acevedo</i> ● La mujer indígena en cuentos y leyendas	20
<i>Carlos Zolla</i> ● Partera tradicional e intervención institucional	24

TESTIMONIO

<i>Patricia Ponce Jiménez</i> ● Las mujeres chicleras	30
<i>Blanca Santiago Sandoval</i> ● <i>Llana huari'nn</i> : las tejedoras driquis	36
<i>Christine Engla Eber</i> ● Apuntes para un estudio feminista	39
<i>Entrevista a indígenas guatemaltecas</i> ● Exigimos un trato distinto	45
<i>Manuel Gamio</i> ● El celibato y el naturismo indígena	48

CRONICA Y CASO

<i>Marie-Odile Marion y Sigrid Dichtl</i> ● La dimensión invisible	50
<i>Maya Lorena Pérez Ruiz</i> ● Tiempo y memoria de las seris	56
<i>Macario Matus</i> ● Mujeres de Tehuantepec	60

NOTICIERO

Calendario de fiestas	63
Reseñas bibliográficas	65
Notas y eventos	68
La lucha indígena: recuento de un bimestre	70

Tiempo y memoria de las seris

Maya Lorena Pérez Ruiz*

Los paisajes del desierto son difíciles de amar la primera vez que se ven: parajes infinitos de arena, cactus, matorrales y otras plantas del desierto; montañas rocosas de colores apenas contrastados con el cielo. ¡Y esa brillantez del cielo sobre el mar azul y del amarillo sol sobre la arena blanca!

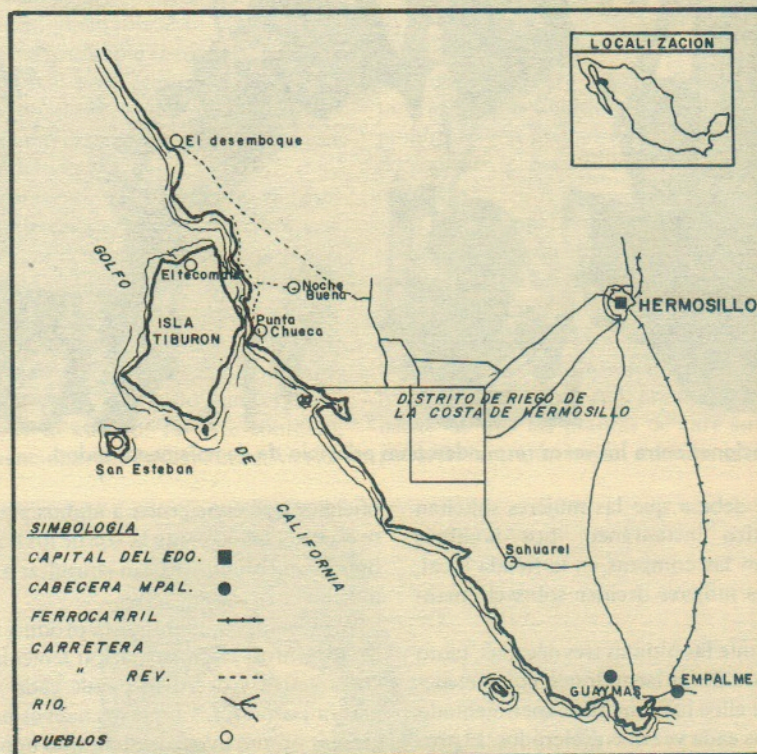
Sin embargo, los hombres y mujeres de estas tierras viven pegados a ellas. Es la Gente del Desierto. De cuerpos oscuros y ágiles, son capaces de confundirse con la noche y desplazarse silenciosamente, mezclados con la oscuridad y el viento.

Son una raza milenaria de origen desconocido. Y a fuerza de estar aquí se parecen al desierto, son austeros y pródigos. Un día cantan y otro lloran. No se arraigan en un sólo lugar, y al mismo tiempo no pueden salir de estas tierras. Son como el desierto, viven y cantan como los demás habitantes del desierto. Animales y plantas, hombres y arena, todos se mueven con el mismo ritmo: todos siguen las rutas del agua, por ella se modifican, cambian o permanecen.

Son una raza de guerreros. Y aún hoy, aunque se visten como nosotros, conservan su sangre nómada e invencible. Llevan oculto ese rencor al blanco que les enseñó el miedo y la masacre, que los obligó al odio y la venganza. Y como un sabor lejano, pero siempre presente a fuerza de mamarlo, en su conciencia persiste ese recelo amargo hacia los hombres que un día llegaron a robarle sus riquezas.

Arrogantes y hermosas, sus mujeres se enfrentan a las nuestras con unas manos elegantes y suaves. Hábiles tejedoras y artesanas perfectas, con los labios, uñas y ojos pintados nos seducen burlonas. Mudadas, nos recuerdan su ascendencia; nos

* Profesora-investigadora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.



Mapa de la región seri.

□ Fuente: Grupos étnicos de México, INI.

hablan de su pasado; nos dicen que jamás las tocaremos, que nunca accederán a tocarnos. Y después de vernos de esa manera pasan frente a nosotros agitando orgullosas su pelo lacio, flotando al viento su falda larga.

Y así, entre la riqueza de formas del desierto; entre las ráfagas de luces y estruendos que cruzan por su cielo; entre sus tormentas de agua y arena; entre el bullicio de los animales que lo cruzan en busca de comida, algunos sobresaltados como la libre y el venado, otros reptando sin prisa como las cascabeles, sabedoras de su poder y el miedo que infunden, se oyen las voces que vienen de la playa:

*"Hacamhanacivate meva po onah
hacamhanacivate meva por onah..."*¹

...Es el inicio de la fiesta de la pubertad para una doncella. Cantos y danzas de pascola que se ejecutan con pasos firmes sobre la tarima en la arena, pies descalzos moviéndose al ritmo marcado por los *tenábaris* y las sonajas. Combinación de la voz del hombre con los sonidos del metal de las sonajas y el murmullo seco de los capullos de mariposas, atados a sus tobillos.

Cantos que nombran en seri a los animales de la tierra y del mar diciéndoles que ya brotó en una doncella la sangre del dios que creó al primer seri.²

Ocho días completos de ayuno para la doncella, cuatro noches y cuatro días de fiesta con comida, juegos, cantos y danzas para la tribu.

Cuatro días de reclusión para la púber, en los que, sin verse al espejo, ha de mostrar que ya es mujer, laborando incansable y escuchando paciente los consejos que le advierten cómo ha de ser su vida en el futuro. Rito que transita acompañada de su *amaj*, organizador de la fiesta que la acompaña en su ayuno, la guía y orienta. En tanto, manos que saben, le pintan el rostro con dibujos antiguos. Símbolos que ocultan, o gritan los secretos de la sangre *konkaak* organizada tal vez en clanes o en linajes, y que orientan la posibilidad del matrimonio.³

Encierro que concluye con el surgimiento de la mujer, cuando lava su pelo en el mar al cuarto día en el amanecer. Así se inicia para ella, y para la tribu, su tiempo de ser mujer.

Tiempo que es el de ahora pero que es también todo ese tiempo atrás en que la mujer seri lo ha sido y en el cual se ha formado. Y en ese tiempo que ha vivido ¡cuántas cosas se han contado! Se dice haberla visto corriendo entre matorrales para alcanzar un caballo, derrumbarlo y destazarlo después con sus manos. Se le ha mirado curtiendo las pieles con los dientes; se le ha observado colectando frutos y amamantando a sus hijos; se le ha visto adornarse con collares de conchas y caracoles, pintándose la cara con colores azules, negros, y blancos para simbolizar la caguama, la cascabel y el pelicano.

Se ha hablado de ella como matriarca, como mujer dominante, controladora de las leyes y costumbres de su grupo; como la dueña de su descendencia y su casa; como la autoridad de la tribu.⁴ Pero se han oído decir también cosas contrarias. Que los hijos son del padre, que la herencia se ha de contar por su nombre, que ella ha de abandonar su casa para vivir con su esposo.⁵

Que si ha habido poliandria, que si lo que ha habido es poligamia, que si por el contrario es monógama... Lo cierto es que ella, como productora de alimentos y utensilios, como reproductora de vidas, y

como ser sexual, amante y sensitiva, ha compartido con los hombres de su tribu ese transitar por el tiempo y la memoria, que es su historia.

Y allí ha estado luchando, construyendo, resistiendo, permaneciendo como integrante de una tribu, de un grupo, de una cultura, desempeñando su papel con inagotable firmeza, incomprensible sin ver a su lado al hombre que también lo vive, que también lo siente.

La niña que sale mujer del mar ha de enfrentarse, con el pelo suelto y húmedo, a un mundo cambiante, no siempre comprensible ni claro. Ha de continuar siendo la hija, la hermana, o convertirse en la esposa que pule las figuras de palo fierro cortadas y trazadas por su padre, su hermano o su esposo; ha de ser la que continúa colectando el torote para las coritas, quien lo tueste, lo desfibre con los dientes, lo tiña y lo teja creando diseños ar-



La pintura facial denota el linaje e indica el estatus matrimonial. ■ Foto: Ricardo Garibay.



Entre las seris, "el tiempo de ser mujer" es marcado por importantes ceremonias de iniciación.

■ Foto: Ricardo Garibay.

mónicos. Ha de ser la que recorra las playas y los esteros en busca de almejas, caracoles y conchas. Y ha de ser la que, en compañía de los hombres salga al desierto a buscar los frutos de la pithaya y las semillas para adornar sus collares. Ha de ser la madre que cuide a los pequeños, la que espere las pangas que vienen del mar con los hombres y el pescado, y ha de ser la que limpie y cocine el alimento. Madre cariñosa, de manos que no golpean a los hijos, de voz arrulladora que no sabe insultarlos.

Mientras ellos por su parte, como padres, hermanos, o esposos, son los que conseguirán el palo fierro, los que toma-

rán el hacha, la escofaina, la lima, y moldearán las figuras. Son los que saldrán al mar por las mañanas; los que arponearán la caguama; los que pescarán el tiburón y la sierra.

Como padres amorosos, son quienes enseñarán a los niños los secretos de la pesca; quienes en susurros les contarán la vida de los antiguos; les mostrarán el camino de las estrellas, y les enseñarán a observar y aprender de los animales. En tanto que hermanos, jugarán con los infantiles a la orilla de las playas a lanzar redes y anzuelos, a nadar y retar a las olas, a trampear y cazar aves.

Pero su mundo está cambiando, y si,

por una parte, aún persiste esa importancia de la mujer como sostén de su grupo, por lo que el hombre cuando se case, ha de pagar por su compañera, por la otra, ambos han de enfrentarse al hecho de además de ser seris, son mexicanos. Incurción legal a un mundo que da a los hombres la tierra, que los nombra gobernadores, que los hace cooperativistas, que les da a ellos el poder y el mando. Incorporación violenta que los ha limitado a un territorio sin agua. Víctimas permanentes de la voracidad de los comerciantes. Maraños burocráticos que quieren cambiarlos. Aprendices de corrupciones y engaños.

Y si antaño podían moverse juntos en sus correrías, hoy las mujeres permanecen en sus poblaciones, cuidando a los niños que, debido a la escuela, no pueden ir con sus padres hasta los campamentos en busca de peces. Aquí surgen los conflictos ¿por qué han de ser ellos los que tienen el mando y la autoridad?, ¿por qué son ellos los que esperan la marea durmiendo, mientras ellas son las que trabajan más? Preguntas sin respuesta que se presentan cotidianamente. Aprendizaje y rupturas, nuevas contradicciones que enfrentan hombre y mujer desde circunstancias diferentes.

Los seris siguen siendo altivos, orgullosos, indómitos. Ninguno corre fuera de su territorio a buscar empleo, ninguno acepta un patrón ni recibe una orden. Acaso, van a los bailes vestidos de vaqueros, los dos con botas y pantalón de mezclilla. Sólo que ellas sí aceptan bailar con *yoris*, con los blancos, mientras ellos se quedan sentados, observando sombríos, casi mudos.

Contacto difícil con el blanco que les ha enseñado a mentir, a ocultar su vida, que les ha obligado a contar sobre su sexualidad lo que los *yoris*, desde su "moralidad" quieren escuchar. Doble discurso con el que las mujeres se defienden de aquellos que han llegado a sus comunidades a violarlas, a engañarlas, a aprovecharse de su libertad, de su espontaneidad como mujeres dueñas de su cuerpo y su sensualidad.

Una es la imagen que ellas han construido para el *yori* otra es la vida que llevan en su comunidad, abierta sólo para la tribu. Dualidad que se vive con conflicto, como conflictiva es la atracción y el rechazo hacia los hombres y la vida *yori*.

Conflicto que pocas veces se resuelve con la boda de una mujer seri con un *yori*. Y cuando esto ha sucedido es el hombre *yori* quien ha de adaptarse a la tribu.

Los hombres seris, por su parte, no suelen casarse con *yoris*. Y cuando lo han hecho, son las mujeres blancas las que después se han marchado.

Existen en la tribu mujeres que se quedan solas, que no quieren casarse, que buscan los hijos sin unirse a un hombre. Lo mismo que hay hombres que tampoco quieren buscar compañera.

Odio y rechazo permanente al blanco. Se le desprecia y se le imita. Los hombres aprenden karate, las mujeres se maquillan. Ellas pintan su pelo de rojo; ellos, en cambio, se lo rizan. Situación confusa entre valores contradictorios, en la que sin ser jornaleros, sin ser empleadas domésticas, sin rondar por ciudades perdidas, los jóvenes usan drogas, y las mujeres miran el mar melancólicas, lejanas, para estallar después en sollozos.⁶

Pero aún así, las mujeres y los hombres seris luchan, orgullosos y rebeldes, por conservar su cultura, su nombre y su independencia. No dejan de hablar su lengua, inventan nuevas palabras, construyen nuevas canciones y se niegan a olvidar su historia.

Y es en medio de esa lucha cruel y persistente, en esa contradicción, donde surge la mujer un día, bañada al amanecer. Mujer que nace, mujer que florece. Mujer que se alimenta del pasado; mujer que grita desde la antigüedad. Mujer que busca crecer con el presente. Mujer que se busca a sí misma, que busca a su compañero. Mujer que espera, mujer que camina. Mujer...



A pesar de los cambios, permanece la importancia de la mujer como sostén del grupo.

■ Foto: Ricardo Garibay.

BIBLIOGRAFIA

Branif C., Beatriz: "Tribus de Sonora, Los Seris" en *Panorama histórico antropológico*. Hermosillo, Sonora. Mecanoscrito, 1976.

Cuellar, José Arturo: *La comunidad primitiva y las políticas de desarrollo*. UNAM, México, 1980.

Fernández, Fortunato: *Las razas indígenas de Sonora, la Guerra del Yaqui*. Talleres de la Casa Editorial "J. de Elizalde", México, 1902.

Goldsmith, Mary: "Debates antropológicos en torno a los estudios sobre la mujer" en *Nueva Antropología*. No. 30, G V Editores, México, 1986.

INI: *Memorias. Desarrollo de las Actividades del CCI Seri de Bahía Kino*, Sonora. Mecanoscrito, 1983.

Mc Gee, W.J.: *Los Seris, Sonora, México*. INI, colec. Clásicos de la Antropología, México, 1980.

Morales, Arturo: "Las Constelaciones Seris y Otros Temas", Unidad Regional-Sonora, Dirección General de Culturas Populares, SEP, 1985.

Nolasco, Margarita: "Los Seris. Desierto y Mar" en *Anales del INAH*, Vol. XVIII. México, 1963.

Nolasco, Margarita: "Los Seris: Mito y Realidad (La Obra de W.J. Mc Gee)", en *Los Seris de Sonora*. INI, México, 1980.

Pérez Ruiz, Maya Lorena: *Diagnóstico socio-cultural del estado de Sonora: El caso de los Seris*. Unidad Regional-Sonora de la Dirección General de Culturas Populares. SEP, Hermosillo, Sonora. 1984.

Sandomingo, Manuel: "La Tribu Konkaak-Seri" en *Historia de Sonora*. Hermosillo, Sonora, 1953.

Pozas, Ricardo: "La Baja California y el desierto de Sonora: los Seris." INAH-SEP-CAPFCE. México, 1961.

Sandoval P., Juan M.: "El papel del "padre" en las sociedades de cazadores-recolectores: una perspectiva bio-social" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 15, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1985.

NOTAS

1. Morales, Arturo (1985).
2. Sandomingo, Manuel (1953).
3. Ver Mc Gee (1980), Pozas (1961), Branif (1976) y Nolasco (1980).
4. Mc Gee (1980) y Fernández Fortunato (1902).
5. Branif (1976) y Nolasco (1980).
6. Para 1981, los registros médicos del Centro Coordinador de Bahía Kino del INI, señalan 47 casos que presentan cuadros como neurosis, de los cuales, dos terceras partes corresponden a población femenina de entre 15 y 44 años, Pérez Ruiz (1984).